

## LAS DERECHAS ARGENTINAS EN EL SIGLO XX: ENSAYO SOBRE SU VÍNCULO CON LA DEMOCRACIA \*

Ernesto Bohoslavsky \*\*  
Sergio Morresi \*\*\*

Es parte del sentido común entre los historiadores y politólogos dedicados a estudiar la Argentina que la debilidad electoral de las derechas ha sido responsable de muchos de los problemas políticos que ha vivido el país en el siglo XX. Así, se señalan como indeseables consecuencias de la flaqueza de los partidos de derecha la recurrencia de los golpes de Estado, la constitución de las Fuerzas Armadas como un actor semi-legítimo del juego político y la recurrencia de la violencia política. De manera general, a este factor se le achacan las muchas de las dificultades e incluso la incapacidad de las reglas e instituciones democráticas para procesar los conflictos sociales, en un país en el que la amplitud de su clase media, el alto nivel del PBI *per capita*, la debilidad de las tensiones étnicas y una movilidad social ascendente, invitaban a suponer menos intensos que en los países vecinos. Aquí seguimos una larga lista de textos, originados en la ciencia política, que han sostenido que hay un conjunto de factores estructurales que parecen actuar como estímulos positivos para el sostenimiento de la democracia multipartidaria: esos factores se refieren esencialmente a una amplia distribución de los poderes económicos y educativos como el grado de urbanización, el porcentaje de la población con acceso al sistema universitario, tasa de analfabetismo, peso de las pymes en la economía, etc..<sup>1</sup>

Recordemos un par de datos que pueden ayudar a plantear mejor el problema. Entre 1916 y 1995, años a los que presta atención este artículo, las derechas liberal-conservadoras argentinas no consiguieron nunca imponer a su candidato presidencial sirviéndose de elecciones limpias. En parte esa información nos habla del carácter fragmentado de las derechas, de su división en fracciones que controlaban territorios (como los partidos liberal-

---

\*\* Historiador. Investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento y del Consejo Nacional de Investigaciones Científico-Tecnológicas, Argentina. E-mail: [ebohosla@ungs.edu.ar](mailto:ebohosla@ungs.edu.ar).

\*\*\* Politólogo. Investigador-docente de la Universidad Nacional de General Sarmiento y del Consejo Nacional de Investigaciones Científico-Tecnológicas, Argentina. E-mail: [smorresi@ungs.edu.ar](mailto:smorresi@ungs.edu.ar)

<sup>1</sup> Para la presentación de esa bibliografía y algunos comentarios sobre el peso de las variables sociales en la estabilidad democrática, cfr. Buchrucker 2003.

conservadores a la fecha) y, en términos más gramscianos, de su falta de atractivo electoral y su incapacidad para generar proyectos hegemónicos. En esa lectura, las derechas argentinas defenderían un conjunto de intereses y de valores tan estrecho que resultaba imposible que: a) participaran de un juego electoral limpio y ganaran, o al menos obtuvieran un respaldo significativo más allá del buen desempeño que pudieran tener en algunos distritos; b) desarrollaran una propuesta político-ideológica más o menos inclusiva desde lo simbólico y la distribución de la renta; c) mostraran simpatía o tolerancia por el régimen democrático de gobierno, en tanto expresión de las mayorías. Esa primera imagen es, entonces, la de una derecha débil, que sólo consigue obtener o retener el poder a través de golpes de Estado (1930, 1955, 1962, 1966, 1976) por su propia fragmentación y estrechez de miras<sup>2</sup>.

Esta misma información puede ser vista desde otro ángulo, concretamente el opuesto a aquel que señala la flaqueza de las derechas. Según esta otra perspectiva, la derecha argentina sería lo suficientemente poderosa en sus raíces materiales, en el campo de la propiedad de los bienes de producción y de las redes con las finanzas externas, como para dirigir a distancia el juego político en general y al Estado en particular, sin necesidad de obtener respaldos masivos. Ante la aparición de situaciones imprevistas o que ponían en riesgo sus posiciones encumbradas, los hombres de la derecha podían invocar a las Fuerzas Armadas para dar por terminado con el juego democrático y las veleidades reformistas, sea del radicalismo primero (1916-1930) o del peronismo después (1943-1955; 1973-1976)<sup>3</sup>.

¿Cuál es la mejor imagen, entonces, para caracterizar a los partidos de derecha en Argentina entre 1916 y 1955?, ¿es un archipiélago de reaccionarios, aferrados al control de las “situaciones” locales a través de la manipulación electoral e incapaces de ofrecer un proyecto de país interesante para sectores no elitarios y por lo tanto, inútil, para el juego electoral a escala nacional? ¿O fue, por el contrario, un actor lo suficientemente lúcido como para inhibir, limar y boicotear el juego democrático siempre que lo creyó prudente o necesario, tal como “juega el gato maula con el mísero ratón” como sostiene el tango *Mano a mano*? Responder a estas inquietudes implicaría desarrollar proyectos de investigación de muy largo alcance, y en todo caso escapa a la voluntad de los autores de estas líneas. Lo que aquí se ofrece es, más bien, un análisis de los vínculos que los partidos de derecha tuvieron con el régimen democrático (sea con sus instituciones o con sus fundamentos ideológicos), con la

---

<sup>2</sup> Esta es la perspectiva de Gibson (1996).

<sup>3</sup> Esta es la visión que se desprende de Boron (2000).

esperanza de desarrollar una caracterización menos esencialista de estos actores. Concretamente, se parte de las siguientes ideas: a) la pluralidad de los actores de derecha, y por lo tanto, de sus proyectos ideológicos; b) la cambiante relación de los actores de derecha con el régimen democrático, al cual en algunos períodos promovían, en otros toleraban y en algunos otros, propugnaban reformar o reemplazar por gobiernos autocráticos; c) la naturaleza de la relación entre las derechas y el régimen democrático parece deberle más a razones de naturaleza táctica que ideológica: es decir, ese vínculo fue más tributario del cálculo que de la doctrina, de la conveniencia momentánea que de definiciones axiológicas permanentes.

Debido a lo extenso del período analizado, y a la estrechez del espacio disponible, se optó por ofrecer un recorrido basado en bibliografía más que en información de primera mano proveniente de los archivos. El resultado de esta opción es que el lector deberá dar por buenas muchas de las afirmaciones basadas en investigaciones ajenas y que no contará con evidencia empírica para cada una de las afirmaciones. Hemos optado por utilizar el género ensayístico, por ser el que mejor permite la expresión de interpretaciones generales y conlleva la voluntad de polemizar.

### **Problemas para estudiar a las derechas en Argentina**

¿Quiénes son las derechas?, ¿con qué definiciones ingresar a ese terreno? Las dificultades para su abordaje son varias, pero quisiéramos mencionar dos de ellas para comenzar. La primera es que la bibliografía politológica sobre el campo de las derechas es vastísima. Por un lado están los intentos de establecer tipologías: derecha reaccionaria, extrema derecha, nueva derecha, etc. Otros autores se han concentrado en el problema inverso, es decir, en lugar de retratar las diversas expresiones históricas de la derecha, han tratado de capturar su esencia, lo que hace que la derecha sea la derecha en cualquier tiempo y lugar.<sup>4</sup> Las discusiones al respecto son múltiples y estamos lejos de tener un consenso al respecto. ¿Qué es ser de derecha?, ¿cualquier defensa del capitalismo, de la propiedad privada o del *statu quo*?, ¿el recelo ante la participación popular en la política, ante los cambios acelerados o a gran escala, la promoción de jerarquías sociales indiscutibles?

---

<sup>4</sup> Eatwell (1990).

Norberto Bobbio ha planteado que el corazón de la derecha es aquel que palpita en defensa de esas jerarquías y de la libertad, opuestos al afán igualitario de la izquierda.<sup>5</sup> La izquierda descansaría sobre la convicción de que los hombres pueden auto-transformarse en un sentido positivo y emancipatorio, guiándose por las luces de la razón. Por el contrario, la derecha sería aquel conjunto de tradiciones ideológicas pesimistas que insisten en el carácter potencialmente peligroso de los hombres. El escepticismo sobre la eficiencia de la racionalidad, la convicción sobre las limitadas capacidades cognitivas y previsoras humanas, así como sobre su enorme potencial dañino, acompañan a muchas de las lecturas derechistas sobre la historia y, en mayor medida, sobre el futuro.<sup>6</sup> La derecha recela de la capacidad de comprensión de los humanos: por eso sus propuestas políticas hacen referencia a la necesidad de instituciones, autoridades y costumbres que contengan y canalicen un ímpetu naturalmente ciego y auto-destructor.<sup>7</sup> Es un lugar común de la derecha suponer que en la búsqueda de la igualdad que hace la izquierda se producen efectos nocivos e indeseables, que deben ser evitados. En ese sentido, la derecha termina ofreciendo un conjunto de reparos, ideológicos, *de jure* o *de facto* a las políticas y nociones igualitaristas. Ese rechazo a la igualdad se puede producir en nombre de la eficiencia del mercado (es el argumento liberal de que la inequidad estimula a los emprendedores y castiga a los holgazanes), de la existencia de jerarquías sociales naturalizadas como mandato divino, “dato” sociológico o resultado de diferencias biológicas. Así entendidas las cosas, las derechas son un conjunto de tradiciones ideológicas y organizativas que tienen en común un conjunto de adversarios y una aprehensión frente a la búsqueda absoluta de la igualdad, pero esas tradiciones no están vinculadas entre sí obligatoriamente por simpatía sino que pueden establecer relaciones de competencia abierta o desembozada<sup>8</sup>.

Un ejercicio que facilita el análisis de las derechas es crear una periodización, porque permite identificar a los actores y simultáneamente ponerlos en referencia a los otros actores contemporáneos. A los efectos de este artículo, se han recortado períodos en función de la naturaleza del vínculo de los partidos de derecha argentinos con el gobierno. Como se verá, en cada uno de estos recortes temporales los partidos y asociaciones civiles que podríamos caracterizar como derechistas desarrollaron relaciones de diverso calibre con el régimen

---

<sup>5</sup> Bobbio (1995).

<sup>6</sup> (Weber 1965,8).

<sup>7</sup> Hirschman (1994)

<sup>8</sup> (González Cuevas 2000,18).

político, variando desde el lugar de oposición leal a desleal o de promotor de regímenes autoritarios, excluyentes y antidemocráticos.

### **Los conservadores y una democracia demasiado rápida y demasiado masiva (1916-1930)**

Entre finales del siglo XIX y 1916 gobernó la Argentina un régimen político que ha sido definido como oligárquico en sus formas y liberal-conservador en lo ideológico (Botana 1985; Martínez Peroni 2002). Con ese término se quiere hacer referencia a un régimen en el cual el derecho al sufragio estaba restringido (*de facto*, pero no *de jure*), los candidatos eran elegidos personalmente por las autoridades salientes y la selección de los planteles políticos estaba restringida a un conjunto de familias, grupos y linajes que controlaban también los resortes económicos y culturales del país. Esa situación se modificó fuertemente a partir de que en 1912 fue aprobada una nueva legislación electoral, tendiente a asegurar el predominio de los partidos “orgánicos” sobre las organizaciones personalistas y a masificar el sufragio, al punto de inmunizarlo frente a la maquinaria electoral, el fraude, el cohecho y la violencia política. Fue una fracción del régimen dominante la que inició el proceso de reforma, por razones que son difíciles de sopesar individualmente. Entre esos motivos se encuentran los desafíos provenientes de los alzamientos armados de la Unión Cívica Radical (1890, 1893, 1905) y la deslegitimación que generaba su decisión de abstenerse de participar en las elecciones hasta tanto no estuvieran aseguradas las condiciones de transparencia electoral. Asimismo, también hay que anotar el deseo de separar a esa oposición (estridente, pero convencida de que la institucionalidad democrática era la única válida y deseable para Argentina) de los sindicatos y grupos anarquistas, que aparecían como claramente irreductibles en su lucha contra la explotación capitalista. Finalmente, no escapaba a los reformistas la ambición de desarrollar un conjunto de modificaciones que modernizaran a las instituciones del Estado y las relaciones de éste con la sociedad, y que le permitiera enfrentar de mejor manera los desafíos provenientes de un mundo en el que las tensiones inter-imperialistas invitaban a percibir un destino menos edénico que el prometido por la creencia victoriana en el natural triunfo de la evolución humana.<sup>9</sup>

Sean cuales fueran las razones para avanzar en la decisión de reformar la legislación electoral, lo cierto es que los efectos producidos no fueron necesariamente los buscados. En

---

<sup>9</sup> Halperín Donghi (1999) y Zimmermann (1995).

primer lugar porque –probablemente por el fraccionamiento de la derecha liberal-conservadora que tuvo lugar a partir de 1914- los beneficiarios directos de la reforma fueron los radicales, quienes primero obtuvieron el control de algunas provincias y luego la presidencia en 1916, 1922 y 1928. En segundo lugar, porque no se constituyó el ansiado partido moderno de derecha, que fuera capaz de aglutinar a las fuerzas provinciales detrás de un liderazgo unificado y basado en ideas antes que en vínculos personales y clientelares. El Partido Demócrata Progresista, que intentó jugar ese rol de partido nacional, resultaba demasiado reformista y principista a los ojos de los dirigentes conservadores de muchas provincias, y no consiguió concitar la adhesión electoral suficiente como para intimidar a los radicales.<sup>10</sup>

En consecuencia, las derechas bajo los gobiernos radicales (1916-1930) se encontraron viviendo bajo un mundo desconocido, como era el de la participación electoral masiva y limpia, y por lo tanto, imposibilitados de acceder al poder ejecutivo nacional. Sus bastiones territoriales, especialmente la provincia de Buenos Aires, les fueron arrebatados sea en las urnas o a través de intervenciones federales, en general avaladas por decretos del presidente Hipólito Yrigoyen (1916-1922). La imagen del aprendiz de brujo, esto es, aquél novato que desata fuerzas poderosas que luego no consigue controlar ni devolver a su lugar de origen, parece caracterizar a los hombres de la derecha del período, quienes fueron responsables de haber promovido un juego, el de la democracia, con la esperanza de que mejorara su legitimidad, y terminó hundiéndolos en la postración política. El liberal-conservadurismo eclipsó a causa de la complejización de la sociedad argentina: la modernización económica, el crecimiento de la clase media, la fuerte inmigración europea y un paulatino abandono de las formas de trabajo servil y la generalización de las relaciones asalariadas se combinaron para tornar inútiles los mecanismos de control y de cohecho en un régimen político basado en el sufragio universal (masculino) y secreto.<sup>11</sup>

Las críticas que los conservadores hacían a los gobiernos radicales se concentraban en distintos aspectos, como el desorden administrativo, el clientelismo, el desprecio por el poder legislativo y el avasallamiento de las autonomías provinciales a través del referido mecanismo de la intervención federal. Sin embargo, todas estas críticas tenían la particularidad de que se producían dentro del marco republicano y no ponderaban la necesidad de superarlo, sino de

---

<sup>10</sup> Malamud (1995)

<sup>11</sup> Buchrucker (2003).

mejorarlo. Los radicales eran malos gobernantes porque no estaban preparados para ello, porque eran advenedizos, improvisados y *parvenus* de la política. En definitiva, la democracia era mucho mejor que los gobernantes ocasionales.

De hecho, ni siquiera la Liga Patriótica Argentina, la organización política más cercana a la extrema derecha, hizo propio un discurso anti-democrático. Aunque promovía la selectividad inmigratoria y era de evidente y desembozado espíritu anti-izquierdista, la LPA compartía mucho del trasfondo ideológico liberal-conservador de finales del siglo XIX. Como expresó Sandra Mc Gee Deutsch, la LPA fue “primordialmente una respuesta burguesa a la izquierda [...] y sólo en segundo término una respuesta de la clase alta a la democracia de clase media”.<sup>12</sup> Los liguistas no profesaban la voluntad de cambiar el régimen político: el problema no era en sí la democracia, sino las posibilidades que el régimen les brindaba a los izquierdistas de actuar sin mayor problema.<sup>13</sup>

Hacia finales de la década de 1920 emergió una crítica al régimen democrático de otra naturaleza, que no apuntaba a una depuración de los mecanismos electorales, a garantizar mínimos controles administrativos o el cumplimiento de la legislación vigente, sino que abogaba por dar por terminada esa etapa de la historia argentina. Convencidos de que mientras hubiese participación electoral reinarían los radicales (en 1928 consiguieron la tercera presidencia consecutiva, con más del 60% de los votos), comenzó a desarrollarse, entre intelectuales y jóvenes de posición encumbrada una impugnación antidemocrática.<sup>14</sup> Los que llevaron con mayor intensidad esa postura fueron los periódicos *La Nueva República* y *La Fronda*. Este último se convirtió en uno de los más enconados críticos del presidente Yrigoyen. La agresividad de su estilo le impedía recibir publicidad oficial y lo condenaba a sobrevivir gracias a la venta callejera, “playing the bulldog in the arena of the Argentina press”, como sostenía la inteligencia estadounidense.<sup>15</sup> En una nota encabezada por la frase ‘En plena anarquía’ *La Fronda* sostenía en 1921 que

Basta, en efecto, echar una simple mirada a lo largo del territorio de la Nación para percatarse de que, lenta pero seguramente, vamos cayendo en la anarquía y en la disolución más completa de las costumbres. No existen ya autoridades que sepan hacerse respetar. El delito y la inmoralidad, consentidos, primero por razones de índole electoral, se han convertido ahora,

---

<sup>12</sup> (McGee Deutsch 1986,225).

<sup>13</sup> McGee Deutsch (2001:73).

<sup>14</sup> Echeverría (2009), Lvovich (1999) y Tato (2004).

<sup>15</sup> Bohoslavsky (2009, cap. 3).

en una marea montante que, envolviéndolo todo, está a punto de rebajarnos al nivel de un país de cafres <sup>16</sup>

En un tono que pasaba de la ironía al desprecio con connotaciones racistas, el diario expresaba la virulenta reacción de muchos sectores conservadores frente al triunfo de Yrigoyen, para el que no dejó de usar todo tipo de epítetos agraviantes (“cacique magno y magnánimo”, “Peludo omnipotente y divino”, “pardejón”). Una lectura profundamente anti popular y clasista daba informaba la posición de *La Fronda*, que veía al advenimiento del radicalismo como una reedición de la Barbarie y señal evidente de decadencia nacional.<sup>17</sup> Su perspectiva terminó alimentando una “tradicción nacionalista antiliberal”<sup>18</sup> que tuvo su época dorada en la siguiente década.

### **Las derechas ante la opción de defraudar o sepultar a la democracia (1930-1943)**

La experiencia de los gobiernos radicales se terminó con un golpe de Estado en septiembre de 1930, que dio paso a un período de quince años especialmente significativos en la historia economía y política argentina. Se desarrollaron a partir de entonces procesos muy intensivos de transformación y complejización de la estructura económica nacional que, sin abandonar las agro-exportaciones, vivió una notoria ampliación de la industria en materia de generación de empleos, participación en el PBI y atención estatal.<sup>19</sup> Aun sin haber sido resultado de una política industrializadora explícita, lo cierto es que en la zona metropolitana y a la vera del río Paraná se fue creando una gran mancha fabril que no encontró por entonces vías de expresión política por algunas de las características del período. Muchas firmas industriales extranjeras establecieron filiales para sortear las barreras aduaneras; el mercado interno primero cautivo por la crisis de 1929 y después por la segunda guerra mundial, se convirtió en el destino “natural” del auge manufacturero. La crisis ofreció una oportunidad para ampliar la acción estatal en áreas que hasta entonces habían permanecido libradas al *laissez faire*. En definitiva, la intervención creciente del Estado es una de las señales más repetidas de las décadas de 1930 y 1940.

---

<sup>16</sup> *La Fronda*, 2 de noviembre de 1921, p. 1.

<sup>17</sup> (Tato 2001,145).

<sup>18</sup> Floria (2003).

<sup>19</sup> Korol (2001) y Schvarzer (1996).

Eran dos las caras de la derecha que alentaron o toleraron el golpe de Estado en 1930: la liberal-conservadora que predominó en la política entre 1932 y 1943 y la nacionalista y anti-liberal, que tuvo control del Estado entre el golpe de septiembre de 1930 y 1932. La derecha liberal-conservadora estaba conformada por el grueso del *establishment* político (conservadores de distintas provincias) y las cámaras de propietarios rurales, todos vinculados al viejo orden oligárquico. Estos hombres y grupos que compusieron los gabinetes de los gobiernos conservadores poseían una notable ambigüedad en lo que se refiere al régimen democrático. Por un lado reivindicaban permanentemente el carácter necesariamente republicano del régimen político argentino y respetaban el ritual del llamado periódico a elecciones. Pero por el otro lado sus prácticas políticas viciaban y violentaban la naturaleza misma de la participación electoral. Entre esos aspectos tenemos que mencionar a la violencia política que apareció con una intensidad desconocida hasta entonces (incluyendo un homicidio en la cámara de Senadores) y el recurso sistemático y a gran escala al fraude electoral. El cohecho, la presión y la alteración de los guarismos electorales son imágenes más recurrentes de la vida política de ese período.<sup>20</sup> A ello hay que sumarle la decisión de proscribir al partido mayoritario, al radical, por señalárselo como contrario al espíritu democrático.

Otro rasgo innovador de la época guarda relación con el renovado acercamiento entre la Iglesia católica y las autoridades políticas. Debido a la fuente fraudulenta de sus orígenes electorales, los dos gobiernos conservadores (el presidido por el general Justo entre 1932 y 1938; y el dirigido por Ortiz primero y Castillo después hasta 1943) buscaron sus fuentes de legitimidad en otros rumbos. Y la cercanía con la Iglesia cumplió, precisamente, esa función. La aparición cada vez más recurrente de autoridades eclesiásticas en los palcos y actos públicos y el apoyo oficial a la realización del Congreso Eucarístico Nacional en 1934 son algunas de las expresiones más conocidas de ese vínculo. Paralelamente, la Iglesia fue difundiendo cada vez con mayor insistencia un mito político según el cual Argentina era un país esencialmente católico y con el alma formada en el ideario hispano: con ello se propugnaba la necesidad de una restauración de la verdadera Argentina, que implicara simultáneamente la cristianización de la sociedad y el Estado. El “mito de la nación católica”<sup>21</sup> se ofreció como contra-imagen del país liberal y cosmopolita con el que se habían deleitado

---

<sup>20</sup> Béjar (2005).

<sup>21</sup> Zanatta (1996).

los dirigentes políticos de finales del siglo XIX y contra el que ya se habían alzado los primeros resquemores, provenientes del nacionalismo cultural, hacia el Centenario en 1910.

De igual manera, la derecha autoritaria partía de la convicción de que el orden liberal estaba agotado en Argentina, principalmente a consecuencia de su propia naturaleza era ajena a las tradiciones nacionales. La democracia era presentada como una farsa demagógica que sólo permitía que los políticos profesionales y el comunismo medraran. Entre los cultores de ese nuevo orden a crear se contaba quien lideró la “revolución de septiembre” de 1930, el general José Félix Uriburu. Mientras duró su hegemonía, Uriburu promovió la modificación de la Constitución nacional en un sentido corporativo y alentó la formación de milicias inspiradas en los *fasci*.<sup>22</sup> Una vez que debieron dejar el gobierno en manos de los conservadores, los distintos grupos nacionalistas pudieron hacerse oír más. Su prensa y los espacios radiales se incrementaron, y lo propio puede decirse de su capacidad para movilizar a personas por fuera del patriciado local. Los “nacionalistas” se dividían en una pléyade de pequeños grupos nucleados en torno a una figura y una publicación, pero nunca consiguieron unificarse detrás de un liderazgo o de un partido. Oscilaron entre la crítica y la alianza con los sectores conservadores en el poder, señalando el agotamiento de la experiencia democrática y la necesidad de instaurar un régimen de orden, autoritario e integral. Según un vocero de esa derecha, la democracia era un *deus ex machina* que sólo perjudicaba a Argentina por cuanto:

coloca a la Iglesia en dependencia del Estado [...] crea una civilización mecánica y no espiritualista [...] Difunde el adulterio con el divorcio [...] Mata la inocencia de las criaturas con sus cines, teatros y playas [...] Produce la miseria, el hambre y la desesperación de miles de hombres honestos y trabajadores [...] Con la libertad del pensamiento abre las puertas al comunismo [...] Divide a los argentinos en partidos políticos antagónicos [...] semilleros de ventas de hombres y de patria. Deja a las Malvinas en manos extranjeras [...] Supedita la producción nacional al imperialismo extranjero<sup>23</sup>

Lo que había nacido en *La Fronda* en los años veinte como un rechazo a la “demagogia radical”, en los discursos nacionalistas de la década siguiente se convirtió en una impugnación de toda la experiencia histórica argentina iniciada a mediados del siglo XIX. El problema no era la demagogia sino la democracia, considerada un régimen avejentado, decimonónico, decadente, extranjerizante y carente de la fuerza y virilidad necesarias para enfrentar los

---

<sup>22</sup> Finchelstein (2002).

<sup>23</sup> *Clarín*, 6 de Octubre de 1937.

desafíos del mundo contemporáneo. De allí que en muchos de los grupos de derecha autoritaria se despreciara la democracia multipartidaria, aunque también había algunas figuras de esa corriente que optaron por participar ocasionalmente en las elecciones. En ese sentido, parece haber primado a veces más el cálculo que el dogmatismo cuando uno observa el caso de Marcelo Sánchez Sorondo, quien fue senador nacional sin dejar de profesar su convicción de que democracia estaba agotada como régimen de gobierno. No es muy distinto el caso de Manuel Fresco, quien soñaba con ser el Mussolini argentino mientras era electo –vía fraude, es cierto- gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1936.<sup>24</sup>

Algunos autores han postulado que desde 1932 la derecha autoritaria comenzó a captar y movilizar sectores por fuera del patriciado local, interesándose por la “cuestión social” en un tono cercano al del falangismo.<sup>25</sup> Agrupaciones como la Alianza de la Juventud Nacionalista evidenciaron cierta apertura a las necesidades populares, sin abandonar los rasgos anticomunistas, antiliberales y antisemitas que compartían con otras formaciones. De esta manera, hacia finales de la década de 1930 la “justicia social” se instaló como un *issue* de agitación política, fusionando algunas ideas del nacionalismo y del socialismo. Un discurso anti-imperialista señalaba la existencia de una vinculación causal entre las condiciones de vida populares y el predominio en la economía argentina de fuerzas extranjeras (inglesas, norteamericanas, “judías”).<sup>26</sup> En la promoción de ese nacionalismo “integral” inspirado en la síntesis fascista, se alentaba la creación de un Estado que se ocupara del bienestar e integración de los trabajadores y a la vez estimulara la producción industrial. Ese concepto de *justicia social*, según Spektorowski, no tenía ninguna relación con las ideas del *Welfare State* sino con el sentido de ‘comunidad’ proveniente de la Iglesia.<sup>27</sup> Es que esos grupos de derecha autoritaria estaban en contacto estrecho con la Iglesia y con sus organizaciones, como Acción Católica o los Cursos de Cultura Católica.<sup>28</sup>

Teorías conspirativas eran utilizadas para explicar el pasado y el presente argentino como el resultado de un complot en el que estaban comprometidos la “oligarquía cipaya”, el

<sup>24</sup> Béjar (2005) y Reitano (2005).

<sup>25</sup> Buchrucker (1987:233), Lvovich (2006) McGee Deutsch (1999,245; 2001,74); Rubinzal (2005), Spektorowski (1991). Marcus Klein (2001, 2002) postula que este radicalizado discurso anti-imperialista y obrerista sólo lo tuvo la Alianza de la Juventud Nacionalista desde 1935.

<sup>26</sup> Bohoslavsky (2007).

<sup>27</sup> (Spektorowski 1991,9).

<sup>28</sup> Zanatta (1996:114).

internacionalismo judeo-marxista, el imperialismo británico y ocasionalmente los chilenos.<sup>29</sup> Sostiene Lvovich durante la segunda guerra mundial resultaba impensable desarrollar una prédica nacionalista exitosa si no se echaba mano a la agitación anti judía. Así, nacionalismo y antisemitismo parecían inseparables como herramientas movilizadoras.<sup>30</sup>

### **Las derechas ante el peronismo: afinidades y alergias mutuas (1943-1955)**

El peronismo actuó como un parte-aguas que re-definió la lucha ideológica y las identidades políticas previas. Su irrupción en el escenario político nacional y en los diversos espacios provinciales, generó una serie de impactos a diestra y siniestra. Como expresó Cristian Buchrucker,

Desde las diversas ópticas opositoras el populismo siempre pareció demasiado autoritario a los demócratas, demasiado estatista y distribucionista a liberales y conservadores e insuficientemente revolucionario a la izquierda<sup>31</sup>

Uno de los primeros impactos del fenómeno peronista se dio sobre la derecha antiliberal, aquella que durante dos décadas había venido preconizando, entre otras cosas, la necesidad de reemplazar al régimen de democracia multi-partidaria por uno de orden y de armonía entre las clases, que expresara la voluntad de cristianizar el Estado y la sociedad, de mejorar el bienestar de los trabajadores, de promover la industrialización, de armonizar las relaciones entre las clases y de promover una política internacional neutral con respecto a las grandes potencias mundiales y de acercamiento y reconocimiento a la España de Franco. La consagración de la educación católica en las escuelas públicas parecía como una prueba muy evidente del compromiso del coronel Perón con el mito de la nación católica.<sup>32</sup> Y como el peronismo apuntó a muchos de esos objetivos, es que retrospectivamente se ha tendido a pensarlo a éste como la entrada al Estado de la derecha antiliberal. En efecto, los grupos autoritarios del período 1930-1943 son señalados como laboratorios ideológicos que terminaron tributando al peronismo. En ese sentido, el peronismo no hizo sino capturar las aspiraciones centrales del nacionalismo de derecha y sumarle políticas industrializadoras y de bienestar popular.

---

<sup>29</sup> Bohoslavsky (2009:cap. 7) y Lvovich (2003, 2006).

<sup>30</sup> Lvovich (2003).

<sup>31</sup> Buchrucker (2003).

<sup>32</sup> Zanatta (1999).

La sensación de muchos hombres de la derecha antiliberal fue que el peronismo se había apropiado de muchas de sus banderas, o había conseguido llevarlas adelante.<sup>33</sup> Es por ese motivo que muchos de ellos pasaron a actuar como parte del plantel político, primero de la dictadura (1943-1946) y luego del régimen peronista (1946-1955). En efecto, el peronismo retomó selectivamente algunas de las motivaciones industrialistas, igualitaristas, anti-imperialistas, social-católicas y autoritarias, pero dejó de lado otras demasiado radicalizadas, estridentes y alejadas del sentido común, que nunca tuvieron mayor cabida en el régimen peronista: el antisemitismo, toda una señal de identidad del movimiento nacionalista, no encontró terreno fértil en el régimen peronista, en el cual revistieron autoridades y diplomáticos de origen judío. La diatriba anti-democrática tampoco anidó en el peronismo, que no sólo no abjuró del “régimen demoliberal” sino que optó por convertir en bandera propia las libertades democráticas, señalando la necesidad de que las mismas escaparan al mero formalismo y la dimensión legal. Las elecciones, antaño denunciadas como farsas, se convirtieron durante el régimen peronista, en una ocasión para plebiscitar al Primer Trabajador y para escenificar un respaldo que se pretendía unánime.

En el caso de la derecha liberal-conservadora, manifestó comportamientos divergentes y ambiguos frente al peronismo. Por un lado, hubo actores del conservadurismo que terminaron ingresando e incluso conduciendo al Partido Peronista en diversas provincias.<sup>34</sup> Pero también hubo otros actores provenientes de las tradiciones liberales que nunca terminaron de procesar completamente al fenómeno peronista. Las razones de esas distancias, a veces más difíciles de franquear, y a veces sólo de estilo, eran varias. Cabe mencionar entre ellas a la inocultable vocación peronista de democratizar la vida política ampliando y a la vez tutelando la participación política de las masas (y dentro de ellas las mujeres) y al uso intensivo de los medios de comunicación de alcance nacional para producir propaganda, lo que hacía menos relevante el “trabajo” político territorial que los conservadores podían ofrecer. Pero también los malquistaba el hecho de que hasta 1945 el peronismo tenía secuestrada la simpatía del Episcopado y de los militantes católicos, retirándoles un apoyo político muy relevante. Si a eso le sumamos el hecho de que en los discursos públicos Perón identificaba a los conservadores con la vieja, decadente e injusta república simbólicamente dejada atrás luego de su asunción, y que se reiteraban las amenazas de “combatir al capital”

---

<sup>33</sup> Piñeiro (1997) y Sánchez Sorondo y Payá (2001).

<sup>34</sup> Macor y Tcach (2003); Rafart y Masés (2003).

por parte de un discurso plebeyista, lo cierto es que el peronismo resultaba difícil de procesar y compatibilizar para los actores liberal-conservadores con presencia en las provincias.

El creciente endurecimiento del régimen peronista a partir de 1951 y 1952 -generado en parte por su voluntad unanimista, por la cerrada oposición de otros grupos políticos y el agotamiento de los recursos económicos que habían facilitado una política de redistribución muy progresiva de la renta nacional- condicionó muy fuertemente las valoraciones sobre la democracia que se produjeron entonces. Ya la convocatoria a reformar la constitución, en 1949, con el objetivo de que el presidente Perón pudiera ser reelecto y de que quedaran constitucionalmente fijadas las nuevas reglas de juego que consagraban al Estado interventor y regulador, propició que se fuera afianzando una crítica al peronismo como carente de verdadera voluntad democrática. Se señalaba su voluntad de marchar hacia alguna forma de estatismo asfixiante, que impediría la expresión de opiniones diversas, así como la iniciativa económica privada.

### **Las derechas ante el juego imposible (1955-1976)**

Leonardo Senkman ha postulado que en las dos décadas posteriores a la caída del gobierno peronista la derecha evidenció una fuerte incapacidad para establecer conexiones fuertes entre las distintas fracciones burguesas, tradicionalmente conservadoras.<sup>35</sup> Por eso 1955 significó la transformación de la derecha en un organismo con tres rostros: liberalismo, sindicalismo peronista y nacionalismo. Rostros que, a pesar de oponerse el uno al otro, se articularon hasta 1976 en rocambolescas combinaciones (siempre tensas, pero nunca rupturistas) gracias a un anti-comunismo acérrimo. Ello permite comprender las relaciones que establecieron liberales y nacionalistas con una parte fundamental del peronismo (con su “columna vertebral”, al decir de los mismos peronistas): la dirigencia del movimiento obrero organizado. Durante el exilio de Perón (1955-1973), los sindicatos se convirtieron en una formidable herramienta de presión y negociación, a la vez que de representación política y gremial de los trabajadores urbanos. Aún estando profundamente dividido y siendo objeto de distintas medidas represivas, el sindicalismo representó una de las fuerzas políticas fundamentales del período.<sup>36</sup> Ese sector del sindicalismo liderado por Augusto Timoteo Vandor y caracterizado

---

<sup>35</sup> Senkman (2001).

<sup>36</sup> Snow (1983).

por la estrategia de “pegar para negociar”, se movilizó a lo largo del período, sirviéndose de una combinación de encuadramiento autoritario y representación de sus afiliados.<sup>37</sup>

En las décadas de 1960 y 1970 los nacionalistas produjeron una prensa extremadamente agresiva, así como bandas paramilitares de choque de tono xenófobo y autoritario. Grupos como el Movimiento Nacionalista Tacuara, la Legión Nacionalista Contrarrevolucionaria y la Alianza Libertadora Nacionalista hicieron propios algunos elementos discursivos de la Doctrina de la Seguridad Nacional y del repertorio conspirativo tradicional.<sup>38</sup> Algunos de sus militantes se convirtieron en parte de los infames *comandos anticomunistas* que operaron con total impunidad en Argentina desde de 1974 y que luego fueron reclutados como parte de los aún más temibles *grupos de tareas*.<sup>39</sup> El accionar de estos sectores ubicados al borde (o afuera) del sistema se encontraba en cierto modo “cobijado” por un “conservadurismo autoritario” con matices reaccionarios, que no escatimaba coqueteos con las retóricas ultramontanas. Y aunque la influencia social de estos grupos extremistas es innegable y la atrocidad de sus acciones tuvo una importancia impar en los años siguientes, hay que señalar que no fueron nunca numéricamente importantes y que su capacidad para insertarse en la política institucional fue breve y siempre bajo la forma de fuerzas de choque subordinadas a una dirección política que les era ajena.

En definitiva, las décadas posteriores al derrocamiento de Perón deben comprenderse como el fondo de un proceso de paulatina y sistemática construcción de una nueva hegemonía de derecha, basada sobre todo en la perspectiva liberal-conservadora, de larga tradición en Argentina.<sup>40</sup> Los *putschs* internos que se reorientaron de modo brusco los gobiernos de las auto-tituladas “Revolución Libertadora” (1955-1958) y “Revolución Argentina” (1966-1973) hacia una perspectiva liberal-conservadora son claros ejemplos de que el nacionalismo antiliberal ya no jugaba un rol importante en el campo de la derecha de esos años. Esta hegemonía quedó también clara en el plano discursivo, ya que incluso cuando sectores nacionalistas intentaban influir en los gobiernos militares, presentaban sus planes de acción

---

<sup>37</sup> James (2006).

<sup>38</sup> (Waisman 1989,225).

<sup>39</sup> González Jansen (1986) y Muleiro (2011).

<sup>40</sup> Aunque hay lazos con los planteos del liberalismo-conservador anterior a 1916, este movimiento tiene características distintivas como la ausencia de la visión positivista, una relación menos conflictiva con los sectores eclesiásticos, un temor reverencial por el populismo que lo lleva a una confrontación doctrinaria con la democracia y una visión antropológica más individualista, escéptica y pesimista (Harbour 1985; Montserrat y Aguinaga 1992; Morresi 2007; Rivero 1998).

política con una gramática claramente liberal-conservadora.<sup>41</sup> Esta derecha liberal fue incapaz de crear un autoritarismo consensuado como en el Brasil post-1964 y, por lo general, confió en los militares para que instauraran un ‘Estado burocrático-autoritario’ según la ya canónica definición de Guillermo O’Donnell.<sup>42</sup> La derecha liberal entendía necesario neutralizar el crecimiento del peronismo y de sus bases sociales y electorales. A tal efecto incorporó a algunos de sus hombres en las áreas de Economía (Ministerio de Hacienda, Banco Central), mientras que los sectores ‘políticos’ de los gobiernos militares (Interior, Relaciones Exteriores) recaían en la derecha ‘nacionalista’.<sup>43</sup>

Si, en este periodo, la derecha en general está fragmentada, lo mismo sucede con el liberalismo-conservador, su sector más fuerte y dinámico. Tal como lo muestra Edward Gibson, desde la caída del peronismo, el espacio liberal-conservador estuvo fracturado en dos grupos con intereses materiales claramente opuestos: los *federalistas* y los *liberales*; es decir, la derecha liberal-conservadora del interior de la Argentina y la del puerto de Buenos Aires (o, dicho de otro modo, la burguesía con intereses en las economías regionales y la burguesía porteña, con intereses en el modelo agro-exportador y la economía financiera).<sup>44</sup> El grupo de los federalistas estaba formado por partidos provinciales, con discursos conservadores, en los que abundan las referencias a la familia, los valores cristianos, la tradición y el espíritu nacional. La mayor parte de estos núcleos estaba enraizada en el movimiento conservador que había dirigido la Argentina hasta 1916 (como el Partido Demócrata de Mendoza y el Autonomista-Liberal de Corrientes). Algunos, sin embargo, eran posteriores, de origen radical (como la Acción Chubutense y el Movimiento Federalista Pampeano) o peronista (como el Movimiento Popular Neuquino). Estos grupos, junto a partidos fundados por militares que habían ejercido como gobernadores *de facto* (como el Renovador de Salta, el Provincial Rionegrino o la Fuerza Republicana de Tucumán), componían una heterogénea alianza política que formó frentes electorales exitosos (como la Fuerza Federalista Popular, FUFPEPO, que en 1973 superó el 15% por ciento de los sufragios). Dentro del grupo federalista convivían intereses materiales muy diversos entre sí, pues cada partido representaba a las fracciones de la burguesía más importantes de su distrito que no eran necesariamente congruentes, pero que tampoco eran claramente contradictorias. Si pudieron actuar de manera

---

<sup>41</sup> Canelo (2008) y Morresi (2011a).

<sup>42</sup> (Senkman 2001,297).

<sup>43</sup> Lewis (2001).

<sup>44</sup> Gibson (1996).

conjunta fue porque tuvieron durante varias décadas dos enemigos en común: de un lado el populismo y del otro el liberalismo de Buenos Aires.

El anti populismo de los federalistas tenía un doble origen: económico e ideológico. Económicamente, el populismo representaba la extracción por parte del Estado nacional de una porción importante de la plusvalía obtenida en cada región para su redistribución social y/o regional. Ideológicamente, el populismo implicaba así la subordinación de las elites locales a las decisiones tomadas en Buenos Aires. Sin embargo, la oposición al populismo de parte de los federalistas fue ambigua. Por una parte, tal como señalamos, algunos de los núcleos federalistas tenían origen radical o peronista. Por la otra, para prosperar las economías regionales dependían en buena medida del apoyo del gobierno nacional (mediante obras y políticas públicas). Y aunque ese apoyo había sido discrecional y condicionado tanto con el radicalismo como con el peronismo o los militares, era absolutamente necesario.

En Buenos Aires hubo partidos liberal-conservadores desde mediados de la década de 1950 (un ejemplo es el Partido Cívico Independiente que fundó Álvaro Alsogaray para presentarse a las elecciones posteriores a la “Revolución Libertadora”). Se trataba de núcleos vinculados a los intereses agroexportadores y, a partir de finales de los años sesenta, a la economía financiera y a las industrias de capital intensivo. A diferencia de lo que sucedía en el interior, esos núcleos no alcanzaron relevancia electoral antes de 1983. Se produjo así un divorcio entre la acción política de la derecha porteña y su política partidaria, que quedó relegada. No es que la derecha política no existiese en Buenos Aires, sino que la acción política de los burguesía porteña se canalizó casi exclusivamente a través de contactos personales entre algunos de sus dirigentes políticos y cuadros profesionales con los partidos políticos mayoritarios (las dos fracciones en las que se partió el radicalismo después de 1956) o con altos mandos militares. Las particularidades de los grupos porteños llamados liberales dio lugar a que en Buenos Aires se fuera formando una clase política orientada a la tecnocracia y, de este modo, más permeable a las ideas y modelos teóricos del neoliberalismo que habían estado circulando en algunos círculos intelectuales desde la década de 1930.<sup>45</sup> Pero que parte de la dirigencia estuviese expuesta a la influencia del neoliberalismo en época tan temprana no implicó que el campo de la derecha se convirtiese de inmediato a esas ideas; su influencia demoró muchos años en hacerse hegemónica.

---

<sup>45</sup> Morresi (2009 y 2011b).

Más allá de sus diferencias, federalistas y liberales confluían con los nacionalistas en su rechazo al populismo, que aparece como una suerte de “mito negativo” que traza la frontera de la derecha después de 1955. Sin embargo, liberales y federalistas divergían de los nacionalistas en lo podríamos llamar el “mito positivo” con el que enfrentaban al populismo. Para los liberal-conservadores, lo opuesto al populismo no era una idea autoritaria y jerarquizada de nación sino otro concepto del campo político: la república. A la visión democrática plebeya, la derecha opuso la idea de una república formada por una serie de valores tradicionales (el esfuerzo y la templanza que se oponen a la desidia y al desenfreno), religiosos (el occidente cristiano enfrentado a la peligrosa cercanía del populismo con las ideas socialistas), político-económicos (la propiedad privada que garantiza la libertad y hace posible el esfuerzo versus la falta de respeto por lo ajeno) y ético-políticos (la libertad negativa que se expresa en propiedad y se opone a la libertad positiva que desemboca en libertinaje). En el sistema propuesto por el conservadurismo liberal, la democracia debía tener un lugar subordinado a los valores de la república. Se trata, con todo, de un elitismo que ya no se expresa en visiones biologicistas, sino que descansa en preocupaciones de tinte “anti-totalitario”, según las cuales las mayorías pueden conducir a la opresión de las minorías, o una ampliación de las esferas de intervención estatal reduce los márgenes de maniobra de las personas. En palabras de un reconocido ideólogo liberal-conservador, de destacada actividad en las décadas de 1950 y 1960, Horacio García Belsunce:

Nuestra forma de gobierno por imperio del artículo 1° de la Constitución Nacional es la República Representativa y Federal. La C. N. no alude a la democracia como forma de gobierno [...] La república está dada en su esencia por la noción de representatividad y éste es un concepto no cuantitativo, sino cualitativo, que por lo tanto se desnaturaliza frente a la llamada democracia de masas [...] La república representativa exige también la representatividad cualitativa en el representante, o, lo que es lo mismo, el gobierno de los más por los mejores a fin de no caer en el acertado concepto de la ‘kakistocracia’<sup>46</sup>

La idea de república levantada por la derecha argentina es una en la que las masas debían subordinarse a normas (morales y culturales) que se derivaban del ser nacional y del espíritu cristiano-occidental. Se trataba, para ser más concretos, de la tradición legada por los “prohombres de la patria”, sobre todo por aquellos que, de acuerdo con la historia mítica que construyó para sí el liberalismo-conservador habían colocado a la Argentina entre las

---

<sup>46</sup> (García Belsunce 1982,32).

potencias del mundo, es decir de la república organizada por la generación de 1880.<sup>47</sup> Así, un modelo de país, el llamado “orden conservador”, funcionó como una “edad dorada” a la que se podría regresar. Ello implicaba rechazar no sólo al populismo, sino también a las estructuras que él había erigido y, sobre todo, a sus protagonistas: los sindicatos en tanto actores determinantes de la política. Así, en la medida en que avanzaba en su dominio de la derecha en general, el liberalismo-conservador fue carcomiendo una parte importante de su propio campo, pues la derecha sindical no podía ser parte de su entramado. Por su parte, el nacionalismo y el conservadurismo reaccionario, que habían perdido el apoyo de importantes sectores de la iglesia católica como resultado de las modificaciones posconciliares, también sufrieron con la expulsión de sus “aliados tácticos” de la burocracia sindical. El golpe de Estado de marzo de 1976 hizo explícita esa ruptura.

### **El surgimiento de la derecha neoliberal (1976-1995)**

En las elecciones presidenciales de marzo de 1973, una coalición encabezada por el Partido Federal y el Partido Demócrata Progresista (la Alianza Popular Federalista) obtuvo el 15% de los sufragios. A estos guarismos, debería sumarse también el 5% de los votos que obtuvieron la Alianza Republicana Federal y la Nueva Fuerza. En las elecciones de septiembre, los guarismos obtenidos por el binomio Manrique-Martínez Raymonda fueron superiores al 12%<sup>48</sup>. Así, en 1973 parecía consolidarse un voto liberal-conservador, tal como había sido previsto por ciertos estudios de la época.<sup>49</sup> Sin embargo, en 1983, los partidos que postularon candidatos ubicados explícitamente a la derecha no consiguieron alcanzar (sumados) ni siquiera un 5% de los sufragios. ¿Qué había sucedido? Para algunos analistas, como Mariano Grondona, se trataba de un retroceso momentáneo, fruto de la polarización entre peronistas y radicales tras la dictadura. Sin embargo, esta hipótesis no parece certera, habida cuenta de que en la década anterior esa polarización había sido tanto o más fuerte. Evidentemente, los años del “Proceso de Reorganización Nacional” en el que muchos dirigentes del campo de la derecha actuaron de modo destacado, habían desprestigiado las opciones liberal-conservadoras. Es decir: el accionar de la derecha liberal-conservadora durante la dictadura es

---

<sup>47</sup> Un buen ejemplo de este argumento puede encontrarse en Perriau (1970).

<sup>48</sup> Otras fuerzas liberal-conservadoras no presentaron candidatos y algunas de ellas dieron su apoyo explícito a los candidatos de la UCR con la esperanza de forzar una segunda vuelta en la que fuera posible derrotar al peronismo.

<sup>49</sup> Cantón (1973).

uno de los factores que explican su rápido declive y su posterior reemplazo en el liderazgo de la derecha por el neoliberalismo.

El golpe de Estado de 1976 fue saludado con beneplácito por los liberal-conservadores de Buenos Aires y el interior. Al día siguiente de instaurado el nuevo régimen, varios diarios publicaron una solicitada de la Fuerza Federalista Federal (FUFEPO) y el Movimiento Línea Popular (MOLIPO) en apoyo explícito a sus objetivos de la nueva Junta de gobierno.<sup>50</sup> Pero el intento de acercamiento no fue fructífero porque el gobierno dictatorial estaba decidido a mantenerse aislado y militarizado tanto como le fuera posible.<sup>51</sup> Eso no quiere decir, por supuesto, que el PRN no contara con apoyos civiles sino que los militares estaban preocupados por mostrar (hacia la sociedad, pero sobre todo hacia adentro de las armas) que iban a gobernar prescindiendo de contactos con la política partidaria.<sup>52</sup> Sin embargo, esto no impidió que -a través de contactos personales- los liberales porteños ingresaran al régimen en posiciones técnicas y burocráticas del Estado nacional o provincial (como Francisco de Durañona y Vedia y Jorge Pereyra de Olazábal).

Pese a la indiferencia inicial, los liberal-conservadores del interior siguieron dando muestras de su apoyo a la dictadura, autodenominándose “amigos del Proceso”. Con ello consiguieron que un importante número de intendentes permanecieran en sus puestos (en una proporción mayor que la de los partidos mayoritarios) y, más adelante, accedieron a cargos más importantes (por ejemplo, el líder del Movimiento Popular Jujeño fue nombrado gobernador de su provincia). Pese a todo, el régimen no los consideró interlocutores privilegiados por mucho tiempo, pues tanto su fragmentación interna como sus intereses regionales les impedían cumplir el rol de “heredar el proceso”.<sup>53</sup> La experiencia de la guerra de Malvinas (aventura que apoyaron los federalistas pero no los liberales de Buenos Aires) que puso las puntadas finales a la dictadura encontró a los liberal-conservadores muy mal parados para el retorno de la democracia. La Alianza Federal (FUFEPO y MOLIPO) no llegó al 0,4% de los sufragios, pero los desempeños provinciales del Pacto Autonomista Liberal en Corrientes, del Bloquismo sanjuanino y del Movimiento Popular Neuquino fueron muy buenos.

---

<sup>50</sup> *La Nación* (25/3/1976).

<sup>51</sup> Palermo y Novaro (2003) y Quiroga (2004).

<sup>52</sup> Muleiro (2011) y Seoane y Muleiro (2001).

<sup>53</sup> Túrolo (1996).

Una semana después de la derrota de Malvinas, Álvaro Alsogaray, histórico líder de la derecha liberal-conservadora argentina,<sup>54</sup> presidió una reunión con más de cien asistentes con el objetivo expreso de fundar un nuevo partido político. Con la excepción de algunas figuras que se revelarían más adelante como importantes en la expansión partidaria (como Adelina Dalesio de Viola y Jorge Pirra) y del reclutamiento de ciertos intelectuales que habían adquirido renombre en la prensa durante los años de la dictadura (como el escritor Armando Ribas y el sociólogo Manuel Mora y Araujo) el grupo fundador de la Unión del Centro Democrático (UCEDE) estuvo compuesto por los nombres más tradicionales del liberalismo-conservador porteño, como Alberto Benegas Lynch (h), Carlos Sánchez Sañudo, Francisco de Durañona y Vedia, Jorge Pereyra de Olazábal y Roberto Alemann. Las adhesiones de distintos funcionarios de la dictadura mostraban a las claras las estrechas relaciones de este grupo político con el régimen que terminaba.<sup>55</sup> Durante 1982 y 1983, la UCEDE criticó a la dictadura por ser “dirigista” y “estatista”, es decir, insuficientemente liberal, pero, al mismo tiempo, se declaraba favorable a la auto-amnistía declarada por los militares. Alsogaray, líder indiscutido del nuevo partido, trazaba así una estrategia electoral extraña: se mostraba como alguien que no había tenido relaciones directas con los dictadores, pero que entendía y compartía muchas de las aspiraciones de quienes los habían respaldado. El discurso que eligió la UCEDE para su campaña no fue el del liberalismo-conservador, sino el del neoliberalismo en su vertiente alemana sin menciones a la armonía social, las jerarquías o el orden nacional:

Propuesta Fundamental: Reemplazar el actual sistema cultural y socio-político *dirigista e inflacionario* que ha regido casi durante 40 años [...] por un sistema basado en *la libertad en todos los campos, en la estabilidad monetaria y en el libre juego de las fuerzas del mercado*.<sup>56</sup>

La performance electoral de la UCEDE en 1983 no fue muy superior a la de sus competidores directos, pero le alcanzó para ser el único partido derechista con alcance nacional que obtuvo diputados y para erigirse como el principal referente de la derecha en la ciudad de Buenos Aires, con las ventajas de exposición implicadas. Al mismo tiempo que la UCEDE se hacía cargo de ser el partido de “la derecha” y abría los brazos a funcionarios de la dictadura agonizante, los liberal-conservadores del interior intentaban “despegarse” de la imagen de “amigos del Proceso” que habían cultivado. Los documentos internos de la Alianza Federal muestran el intento de subsumir su discurso en el de la democracia cristiana de estilo europeo,

<sup>54</sup> Sobre Alsogaray, ver por ejemplo Doman y Olivera (1989), Gibson (1990) y Llamazares Valduvico (1995).

<sup>55</sup> Mansilla (1983).

<sup>56</sup> Citado en Mansilla (1983, énfasis en el original).

haciendo hincapié en el rol “armonizador” e “integrador” del Estado y en la primacía del orden nacional y la soberanía. De hecho, a medida que quedaba claro que no habría una gran alianza de centro-derecha, los federalistas trataron de hacerse ver incluso como socialdemócratas, con la esperanza de capturar parte del electorado que veían escurrirse hacia el radicalismo.<sup>57</sup> Para ello, su discurso, que a comienzos de 1983 era claramente conservador, fue presentado como una alternativa de centro-izquierda al discurso liberal-tecnocrático en el que quedaban asimilados la dictadura y la UCEDE.

[los firmantes] ratifican su coincidencia en aspectos ideológicos fundamentales que pueden sintetizarse en: que la defensa de los auténticos intereses nacionales merecen para los mismos prioridad absoluta sobre cualquier otro individual o social, que la sociedad argentina debe fundarse en los valores eternos de la persona humana, en especial la dignidad, la libertad y la solidaridad...<sup>58</sup>

Este “corrimiento a la izquierda” (en términos relativos a su discurso anterior, al menos) resultó desastroso electoralmente. Ni los jóvenes que votaban por primera vez ni quienes habían optado casi en un 20% por opciones liberal-conservadoras en 1973 se vieron seducidos por este vaivén ideológico. Todo ello dejó a la UCEDE como la única representante de aquellos que (de uno u otro modo) habían apoyado a la dictadura y al mismo tiempo como un partido sin lazos profundos con el régimen y que por ello podía resultar atractivo a quienes ingresaban a la vida política.

Pero el triunfo de Raúl Alfonsín en la elección presidencial de 1983 derrumbó el mito de que el peronismo no podía ser batido en las urnas y con ello redibujó el mapa ideológico argentino.<sup>59</sup> En la nueva configuración política algunos líderes de la UCEDE veían finalizada la eterna “amenaza peronista” y abierta la oportunidad de adquirir un lugar protagónico, desligado de la tradicional imagen de “partido de notables”. De este modo, surgió lo que podríamos llamar una “ambivalencia” constitutiva de la UCEDE entre un ala que provenía del liberalismo-conservador que quería perseverar en el modelo de un partido pequeño con cuadros técnicos y políticos disponibles para insertarse en el Estado y otra que se sumaba para construir un partido electoralmente competitivo. Ya en 1984, un grupo de jóvenes liberales - que había organizado la corriente estudiantil Unión Para la Apertura Universitaria- fundó una

---

<sup>57</sup> Gibson (1996).

<sup>58</sup> Acta Fundacional de la Concertación Demócrata, citada en Mansilla (1983).

<sup>59</sup> Catterberg (1989) y Fraga *et al.* (1995).

“línea interna” dentro de la UCEDE con el objeto de desplazar al sector tradicional, al que denominaban los “dinosaurios”.<sup>60</sup> Pero las distintas pujas internas nunca llegaron a dificultar ni el despliegue electoral ni el progresivo avance del discurso neoliberal tanto dentro como fuera de las filas de la UCEDE.<sup>61</sup> En efecto, entre 1983 y 1989 la UCEDE experimentó un avance sistemático (con tasas de crecimiento electoral de entre 70% y 120%) y se consolidó como tercera fuerza política argentina. Sin embargo, la creciente heterogeneidad y fragmentación política de la Argentina facilitaron que importantes sectores sociales que tradicionalmente eran la base del electorado peronista o radical se vieran seducidos por las ideas neoliberales que impulsaba el partido de Alsogaray.<sup>62</sup> El poder de las ideas de la UCEDE queda claramente expuesto no sólo en el aumento de su caudal electoral, sino en la influencia de sus propuestas en los discursos de distintos actores sociales y políticos, incluso el radicalismo y el peronismo.<sup>63</sup> Pero, paradójicamente, en su momento de mayor crecimiento político, la UCEDE comenzó un acelerado proceso de degradación.

En las elecciones presidenciales de 1989, la UCEDE formó parte de la Alianza del Centro, junto con el Partido Demócrata Progresista, el Autonomismo Federal y otros partidos liberal-conservadores menores. La aplastante victoria de Carlos Menem en las elecciones de 1989 tomó por sorpresa a la UCEDE, que durante los días posteriores a las elecciones vio como sus dirigentes cruzaban acusaciones sobre la responsabilidad de un resultado muy magro. Apenas unas semanas más tarde y como fruto del giro ideológico del presidente electo, la situación había cambiado por completo. En su búsqueda de demostrar su conversión hacia el proyecto neoliberal, Menem tejió una serie de pactos (primero personales, luego institucionales) con dirigentes de la UCEDE, tanto del ala tradicional como de la renovadora.<sup>64</sup>

El ingreso de los nombres más destacados de la UCEDE al nuevo gobierno tuvo resultados disímiles. Por un lado, según declaró Álvaro Alsogaray, el gobierno de Menem llevaba adelante las ideas liberales e incluso usaba a muchos hombres y mujeres del partido para realizar la tarea (como Adelina Dalesio de Viola, Ricardo Zinn, Germán Kammerath, Alberto Albamonte, el mismo Álvaro Alsogaray y su hija María Julia). Por el otro, como iba a

---

<sup>60</sup> Doman y Olivera (1989).

<sup>61</sup> Gibson (1990) y Gutiérrez (1992).

<sup>62</sup> Nun *et al.* (1987).

<sup>63</sup> Morresi (2008).

<sup>64</sup> Alsogaray (1993).

quedar claro en las elecciones de 1991, 1992 y 1993, el partido sufriría una importantísima merma de votos, en parte porque algunos rechazaban la asimilación con el gobierno, pero sobre todo porque la mayoría de sus electores veían en el peronismo una opción viable. Por ello, al menos una parte importante de la UCEDE decidió auto-diluirse en el menemismo y poner así punto final a la experiencia; otros, en cambio, perseveraron en la independencia del partido, pero –ya para 1995- la UCEDE no tenía relevancia. La nueva derecha neoliberal parecía ser capaz de prescindir de un partido propio: al fin y al cabo, el peronismo estaba de su lado.

### **Recalculando. Conclusiones sobre la relación entre las derechas y la democracia**

Este rápido recorrido nos ha permitido apreciar las mutaciones de las derechas argentinas a lo largo del siglo XX, así como sus vínculos y valoraciones con la democracia. Así puede observarse que la corriente de derecha antiliberal manifestó no sólo desdén por la democracia multi-partidaria sino que expresó abiertamente la necesidad de terminar con este régimen político por entenderlo incompatible con el “país real”. Así, la línea que va de *La Fronda* en los años veinte a la revista *Cabildo* en la actualidad, da cuenta de una perspectiva antidemocrática muy refractaria a la asunción de la diversidad política y étnica del país. Las corrientes liberal-conservadoras manifestaron sus reparos sobre la democracia con un tono mucho menos explícitamente autoritario, y en cambio invocaron distintos principios que debían ser tomados en cuenta para relativizar la absolutización de la democracia como régimen político: el peligro de que las mayorías vulnerasen a las minorías, la falta de formación ciudadana de la población, la demagogia de los principales partidos, la deformación de las reglas económicas por intromisión indebida de los políticos... Todos estos constituían algunos de los riesgos que implicaba la democracia plena. En definitiva, la democracia parecía un mal necesario y al que se debía tolerar, pero siempre procurando que estuviera correctamente tutelada, sea por severas reglas constitucionales, las Fuerzas Armadas o, en los últimos años, unos hiper-sensibilizados, “mercados”.

Otro dato que parece desprenderse de este ensayo es que hubo variaciones en el espíritu de las derechas a lo largo del siglo. Así, en ocasiones primó la convicción de que estaba erigiendo un orden nuevo, acorde con algunos de sus principios e intereses. Fue el caso de los reformistas que impulsaron la nueva ley electoral en 1912 seguros de que ello traería un

país mejor gobernado (por ellos), y fue sobre todo el caso de los intelectuales y políticos neoliberales de la década de 1990, convencidos de estar imponiendo un país nuevo, que dejaba atrás el estatismo, el aislacionismo y la ineficiencia de Argentina, acumulados durante medio siglo. En esos actores se apreciaba un mayor interés en el futuro a construir que en las herencias que se debían custodiar y mantener. Optimismo y auto-confianza eran dos de los rasgos vinculados a los actores de derecha en estos momentos.

En otros momentos, lo que predominaba era la convicción de que estaba empantanada en una trinchera desde la que tenía que resistir el avance de su adversario de turno (los radicales, los peronistas, la guerrilla, el intervencionismo estatal, etc.). En este lugar podemos encontrar a los liberal-conservadores bajo los gobiernos de Yrigoyen o de Perón, cuando se presentaban esencialmente como los encargados de restaurar la verdadera república, extraviada ante el aluvión demagógico. En esos momentos, más que un orden nuevo lo que se buscaba era la restauración de una edad dorada, en la que sólo las elites auto-seleccionadas podían indicar qué caminos debía transitar la política. Es comprensible entonces comprender por qué en ese contexto, percibido como una cruzada, es el que ofrecía peores condiciones para que anidara una valoración positiva de la democracia.

El ingreso de la UCEDE al gobierno peronista liderado por Menem marca el final de nuestro trabajo y también una divisoria de aguas en el estudio de la política y los partidos de la derecha en la Argentina. Ello es así porque varias de las “verdades” a las que había arribado el análisis político moderno quedaron desdibujadas entonces. Así, por ejemplo, la idea del peronismo como una corriente populista y demagógica quedó seriamente en entredicho a partir del accionar de Menem. En este sentido, algunos analistas vieron en ese “giro a la derecha” del peronismo un populismo de nuevo tipo; sin embargo, para otros, tras esas formas todo lo que había era simplemente neoliberalismo a secas.<sup>65</sup> Sea como fuere, lo cierto es que las elecciones de 1991 y 1993, que encontraron a la UCEDE y al peronismo aliados en varios distritos, pusieron al menos en duda otra “verdad”: la que afirmaba que era imposible ganar elecciones presentando ideas abiertamente de derecha al electorado. Porque si bien es cierto que el candidato Menem había “ocultado” su plan de gestión en los comicios de 1989 que lo catapultaron a la primera magistratura, a partir de 1991 quedaba claro que varias de las ideas que venían defendiendo los sectores y partidos de la derecha (como el ajuste estructural, la

---

<sup>65</sup> En el primer sentido, cf. Novaro (2006); en el segundo, Vilas (2004).

vinculación amigable con Estados Unidos y la reconciliación con el sector militar que había protagonizado la última dictadura) podían recibir un importante apoyo popular.

Este “apoyo popular” a la derecha por parte de una población que se había mostrado refractaria a sus planteos durante varias décadas tiene complejas razones tras de sí y no podemos ni siquiera comenzar a enumerarlas y menos a hilvanarlas en estas páginas. Sin embargo, parece pertinente señalar que una explicación plausible podría buscarse a partir de dos datos: la hegemonía del pensamiento neoliberal y la relación con el peronismo. Cada uno a su manera, estos hechos apuntan hacia la detención o puesta en pausa del proceso de fragmentación que el campo de la derecha experimentó a lo largo del siglo XX. Es decir: el apoyo popular se torna posible sólo porque el neoliberalismo se torna hegemónico dentro del campo de la derecha y sólo porque el accionar del peronismo puede mostrar (al menos retóricamente) que las ideas neoliberales son compatibles con otras tradiciones políticas (conservadoras, nacionalistas). Un repaso por los próceres elegidos para el nuevo papel moneda originado por la Ley de Convertibilidad puede ser un buen ejemplo de la convivencia “en unión y libertad” planteada en los años '90: junto a los infaltables José de San Martín, Manuel Belgrano y Domingo Faustino Sarmiento, el gobierno elige entronizar en la billetera a Carlos Pellegrini, Bartolomé Mitre, Julio Argentino Roca y a Juan Manuel de Rosas. En los anversos de los billetes quizás esté el secreto a voces: la batalla de la Vuelta de Obligado (en el billete de veinte pesos en cuyo frente está Rosas) junto a la Conquista del Desierto (en el billete de cien pesos, tras el rostro de Roca). Se produce así, en el reino de la mercancía universal, la unión de dos tradiciones historiográficas, hecha posible sobre todo gracias a la mirada adusta de una tercera tradición, la liberal-conservadora de Pellegrini que ilustra (mientras la inflación lo permita) el billete de un peso convertible.

## **Bibliografía**

- ALSOGARAY, A. (1993): *Experiencias de cincuenta años de política y economía argentina*; Buenos Aires: Planeta.
- BÉJAR, M. D. (2005): *El régimen fraudulento: la política en la provincia de Buenos Aires, 1930-1943*; Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- BOBBIO, N. (1995): *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*; Madrid: Taurus.
- BOHOSLAVSKY, E. (2007): "El nacionalismo fascistoide frente a los indígenas del sur (1930-43): ¿pragmatismo, giro plebeyo o revisionismo?". En: *Sociohistórica*, 21/22..
- BOHOSLAVSKY, E. (2009): *El complot patagónico. Nación, conspiracionismo y violencia en el sur de Argentina y Chile, siglos XIX y XX*; Buenos Aires: Prometeo Libros.
- BORON, A. (2000): "Ruling without a Party. Argentine Dominant Classes in the Twentieth Century". En: MIDDLEBROOK, K. (ed.), *Conservative parties, the right, and democracy in Latin America* (Baltimore: Johns Hopkins University Press). 139-162.
- BOTANA, N. (1985): *El orden conservador: la política argentina entre 1880 y 1916*; Buenos Aires: Sudamericana.
- BRAUNER RODGERS, S. (1990): "El nacionalismo yrigoyenista (1930-1943)". En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 1-2, Universidad de Tel Aviv.
- BUCHRUCKER, C. (1987): *Nacionalismo y peronismo: la Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*; Buenos Aires: Sudamericana.
- BUCHRUCKER, C. (2003): "Identidades nacionales y cultura política antidemocrática. Trayectorias históricas del Cono Sur en el siglo XX", ponencia presentada en Congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico", Valencia.
- CANELO, P. (2008): *El proceso en su laberinto: La interna militar de Videla a Bignone*; Buenos Aires: Prometeo Libros.
- CANTÓN, D. (1973): *Elecciones y partidos políticos en la Argentina: Historia, interpretación y balance*; Buenos Aires: Siglo XXI.
- CATTERBERG, E. (1989): *Los argentinos frente a la política: cultura política y opinión pública en la transición argentina a la democracia*; Buenos Aires: Planeta.
- DOMAN, F. y OLIVERA, M. (1989): *Los Alsogaray. Secretos de una dinastía y su corte*; Buenos Aires: Clarín-Aguilar.

- EATWELL, R. (1990): "The nature of the Right, 1. Is there an 'essentialist' philosophical core?". En: EATWELL, R. y N. O'SULLIVAN (eds.), *The Nature of the right. American and European politics and political thought since 1789* (Boston: Twayne Publishers). 41-76.
- ECHEVERRÍA, O. (2009), *Las voces del miedo. Los intelectuales autoritarios argentinos en las primeras décadas del siglo XX*; Rosario: Prohistoria ediciones.
- FINCHELSTEIN, F. (2002), *Fascismo, liturgia e imaginario: el mito del General Uriburu y la Argentina nacionalista*; Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FLORIA, C (2003), "Análisis político del nacionalismo argentino", ponencia presentada en el Congreso "La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico", Valencia.
- FRAGA, R., TISIO, M. E.y BURDMAN, J. (1995), *Argentina en las urnas, 1916-1994*; Buenos Aires: Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría
- GARCÍA BELSUNCE, H. (1982), *Política y economía en años críticos*; Buenos Aires: Troquel.
- GIBSON, E. (1990), "Democracy and the New Electoral Right in Argentina". En: *Journal of InterAmerican Studies and World Affairs*, 32-3, 177-228.
- GIBSON, E. (1996), *Class and conservative parties: Argentina in comparative perspective*; Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. (2000), *Historia de las derechas españolas: de la ilustración a nuestros días*; Madrid: Biblioteca Nueva.
- GONZÁLEZ JANSEN, I. (1986), *La Triple A*; Buenos Aires: Contrapunto.
- GUTIÉRREZ, A. (1992), *El derrumbe de la UCeDé: de Videla a Menem, la mutación liberal*; Buenos Aires: Ediciones Letra Buena.
- HALPERÍN DONGHI, T. (1999): *Vida y muerte de la República verdadera*; Buenos Aires: Ariel.
- HARBOUR, W. (1985): *El pensamiento conservador*; Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.
- HIRSCHMAN, A. (1994): *La retórica de la intransigencia*; México: F.C.E.
- JAMES, D. (2006): *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*; Buenos Aires: Siglo XXI.
- KLEIN, M. (2001): "Argentine Nacionalismo before Perón: The Case of the Alianza de la Juventud Nacionalista, 1937-c.1943". En: *Bulletin of Latin American Research*, 20-1.

- KLEIN, M. (2002): "The Legión Cívica Argentina and the Radicalization of Argentine Nacionalismo during the Década Infame". En: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, 13-2, Tel Aviv.
- KOROL, J. C. (2001): "La economía". En: CATTARUZZA, A. (ed.), Nueva Historia Argentina (vol. VII; Buenos Aires: Sudamericana).
- LEWIS, P. (2001): "La derecha y los gobiernos militares, 1955-1983". En: MCGEE DEUTSCH, S. y R. DOLKART (eds.), La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales (Buenos Aires: Javier Vergara Editor).
- LVOVICH, D. (1999): "La imagen del enemigo y sus transformaciones en La Nueva República (1928-1931)". En: Entrepasados, 17, Buenos Aires.
- LVOVICH, D. (2003): Nacionalismo y antisemitismo en la Argentina; Buenos Aires: Javier Vergara Editor.
- LVOVICH, D. (2006): El nacionalismo de derecha: desde sus orígenes a Tacuara; Buenos Aires: Capital Intelectual.
- LLAMAZARES VALDUVIECO, I. (1995): "Las transformaciones ideológicas del discurso liberal-conservador en la Argentina contemporánea: un examen del pensamiento político de Federico Pinedo y Álvaro Alsogaray". En: América Latina Hoy, 143-154.
- MACOR, D. y TCACH, C. (eds.) (2003): La invención del peronismo en el interior del país (Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral).
- MALAMUD, C. (1995): "El partido demócrata progresista: un intento fallido de construir un partido nacional liberal-conservador". En: Desarrollo Económico, v. 35, n. 138, 289-308.
- MANSILLA, C. (1983), Las fuerzas de centro; Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- MARTÍNEZ PERONI, J. L. (2002): "El orden político 'liberal conservador' en la Argentina de la generación del '80". En: Millcayac, Anuario de Ciencias Políticas y Sociales, 1-1.
- MCGEE DEUTSCH, S. (1986): Counterrevolution in Argentina, 1900-1932: the Argentine Patriotic League; Lincoln: University of Nebraska Press.
- MCGEE DEUTSCH, S. (1999): Las Derechas: the extreme right in Argentina, Brazil, and Chile, 1890-1939; Stanford: Stanford University Press.
- MCGEE DEUTSCH, S. (2001): "La derecha y los primeros gobiernos radicales". En: MCGEE DEUTSCH, S. y R. DOLKART (eds.), La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales (Buenos Aires: Javier Vergara Editor).

- MONTSERRAT, M. y AGUINAGA, C. (1992): La experiencia conservadora; Buenos Aires: Sudamericana y Fundación Argentina.
- MORRESI, S. (2007): "La democracia de los muertos. Algunos apuntes sobre el liberalismo-conservador, el neoliberalismo y la ideología del Proceso de Reorganización Nacional", ponencia presentada en las XI<sup>ª</sup> Jornadas Interescuelas de Historia, Tucumán.
- MORRESI, Sergio Daniel (2008): La nueva derecha argentina y la democracia sin política; Buenos Aires: Biblioteca Nacional y UNGS.
- MORRESI, S. (2009): "Neoliberales antes del Neoliberalismo". En: SOPRANO, G. y S. FREDERIC (eds.), Política y variaciones de escalas en el análisis de la Argentina (Buenos Aires: UNGS y Prometeo Libros). 321-350.
- MORRESI, S. (2011a): "Un esquema analítico para el estudio de las ideas de derecha en Argentina (1955-1983)". En: BOHOSLAVSKY, E. (ed.), Las derechas en el Cono Sur, siglo XX. Actas del Taller de Discusión (Buenos Aires: UNGS, en prensa).
- MORRESI, S. (2011b): "Las raíces del neoliberalismo argentino (1930-1985)". En: ROSSI, M. A. y A. LÓPEZ (eds.), Crisis y metamorfosis del Estado argentino. El paradigma neoliberal en los noventa (Buenos Aires: Luxemburg). 47-69.
- MULEIRO, V. (2011): 1976: El golpe civil; Buenos Aires: Planeta.
- NOVARO, M. (2006): Historia de la Argentina contemporánea: de Perón a Kirchner. Buenos Aires: Edhasa.
- NUN, J., PORTANTIERO, J. C. y ALTAMIRANO, C. (1987): Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina; Buenos Aires: Puntosur Editores.
- PALERMO, V. y NOVARO, M. (2003): La dictadura militar, 1976-1983: del golpe de estado a la restauración democrática; Buenos Aires: Paidós.
- PERRIAUX, J. (1970): Las generaciones argentinas; Buenos Aires: EUDEBA.
- PIÑEIRO, E. (1997): La tradición nacionalista ante el peronismo. Itinerario de una esperanza a una desilusión; Buenos Aires: A-Z Editora.
- QUIROGA, H. (2004): El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983; Rosario: Homo Sapiens - Fundación Ross.
- RAFART, G. y MASÉS, E. (eds.) (2003): El peronismo desde los territorios a la nación. Su historia en Neuquén y Río Negro, 1943-1958 (Neuquén: Editorial de la Universidad Nacional del Comahue).

- REITANO, E. (2005): Manuel Antonio Fresco: entre la renovación y el fraude; La Plata: Dirección Provincial de Patrimonio Cultural y Asociación Amigos del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires.
- RIVERO, A. (1998): "Liberalismo Conservador (De Burke a Nozick)". En: ANTÓN MELLÓN, J. (ed.), Ideologías y movimientos políticos contemporáneos (Madrid: Tecnos). 47-65.
- ROCK, D. (1987): "Intellectual Precursors of Conservative Nationalism in Argentina, 1900-1927". En: Hispanic American Historical Review, 67-2.
- RUBINZAL, M. (2005): 'La derecha y la cuestión social en la Argentina. La cuestión obrera en la perspectiva del nacionalismo en Buenos Aires (1935-1943)', Tesis de licenciatura (Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral).
- SÁNCHEZ SORONDO, M. y PAYÁ, C. (2001),:Memorias: conversaciones con Carlos Payá; Buenos Aires: Sudamericana.
- SCHVARZER, J. (1996): La industria que supimos conseguir. Una historia político-social de la industria argentina; Buenos Aires: Planeta.
- SENKMAN, L. (2001): "La derecha y los gobiernos civiles, 1955-1976". En: MCGEE DEUTSCH, S. y R. DOLKART (eds.), La derecha argentina. Nacionalistas, neoliberales, militares y clericales (Buenos Aires: Javier Vergara Editor). 275-320.
- SEOANE, M. y MULEIRO, V. (2001): El dictador: la historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla; Buenos Aires: Sudamericana.
- SNOW, P. (1983), Fuerzas Políticas en la Argentina; Buenos Aires: Emecé.
- SPEKTOROWSKI, A. (1991): "Argentina 1930-1940: nacionalismo integral, justicia social y clase obrera". En: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe, 2-1, Tel Aviv.
- TATO, M.I. (2001),:"Crónica de un desencanto: una mirada conservadora de la democratización de la política, 1911-1930". En: Estudios Sociales, XI-20.
- TATO, M. I. (2004): Viento de fronda: liberalismo, conservadurismo y democracia en la Argentina, 1911-1932; Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- TÚROLO, C. (1996): De Isabel a Videla: los pliegues del poder; Buenos Aires: Sudamericana.
- VILAS, C. M. (2004). "¿Populismo reciclado o neoliberalismo a secas? El mito del neopopulismo latinoamericano". En: Revista de Sociología e Política, n. 22, pp. 135-51.

WAISMAN, C. (1989), "La ideología del nacionalismo de derecha en Argentina: el capitalismo, el socialismo y los judíos". En; SENKMAN, L. (ed.), El antisemitismo en la Argentina (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).

WEBER, E. (1965), "The Right. An introduction". En: WEBER, E. y H. ROGER (eds.), The European Right. A historical profile (Berkeley: University of California Press).

ZANATTA, L. (1996), Del estado liberal a la nación católica: iglesia y ejército en los orígenes del peronismo, 1930-1943; Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

ZANATTA, L. (1999): Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo (1943-1946); Buenos Aires: Sudamericana.

ZIMMERMANN, E. (1995),:Los liberales reformistas: la cuestión social en la Argentina, 1890-1916; Buenos Aires: Sudamericana y Universidad de San Andrés.